TEATRO MORAL

COLECCIÓN DE OBRAS ESCÉNICAS PROPIAS PARA COLEGIOS, CENTROS Y SOCIEDADES RECREATIVAS

SE COME BIEN Y BARATO

Sainete en un acto y en prosa.

MADRID
BRUNO DEL AMO
EDITOR

TEATRO MORAL

VI

Imp. Galo Sáez Mesón de Paños, 6. Tel. 11944. Madrid.

TEATRO MORAL

COLECCIÓN DE OBRAS ESCÉNICAS PROPIAS
PARA COLEGIOS, CENTROS Y SOCIEDADES
RECREATIVAS

SE COME BIEN Y BARATO

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA,
ORIGINAL

MADRID
BRUNO DEL AMO
EDITOR

REPARTO

PERSONAJES

(Por el orden que aparecen en escena.)

RAFAEL (encargado del establecimiento).
SEÑOR TORIBIO (camarero viejo, pero ágil y bien conservado).
CAMAREROS 1.°, 2.°, 3.°, 4.°
DON ANTONIO.
DON SERAFÍN.
DOÑA MONTSERRAT.
DIRECTIVOS 1.°, 2.° y 3.°
PONCIANO.
ETELVINA.
DOÑA EUGENIA.
DOS OFICIALES del Ejército.
CELEDONIO.
UN SEÑOR.
LUCAS.
NEMESIO.
ATANASIA.
SABINO.
CIRILO.

La acción, en Madrid. Epoca actual.

ACTO ÚNICO

La acción se desarrolla en el despacho antesala de un restaurante bien puesto. En primer término, a la derecha del espectador, un mostrador; detrás un armario o estantería donde se alinean botellas de diferentes marcas de vinos y licores. También a la derecha, una puerta, que es la de entrada de la calle. En el foro, puerta de entrada al salón-comedor; sobre esta puerta hay una placa que dice: Comedores. *A la izquierda (siempre del espectador), otra puerta que da a las cocinas y dependencias de la casa; tiene también una placa que dice:* Servicio. *Al lado de esta puerta, y arrimada a la pared, una mesa de buen tamaño. En el centro de la escena, alguna mesita y sillas, y en las paredes, cuadros con vistas del establecimiento; esto, a gusto del director de escena.*

Al levantarse el telón, RAFAEL, encargado del establecimiento, está detrás del mostrador haciendo algunos apuntes en unos libros. Momentos después entra TORIBIO: es un camarero de alguna edad, limpio y de aspecto simpático, uno de esos empleados que son instituciones en las casas en que prestan sus servicios; conoció a RAFAEL, cuando éste comenzaba el oficio, en otro establecimiento, y ahora, rodando los años, se encuentran de nuevo juntos.

TORIBIO.—Buenos días nos dé Dios.

RAFAEL.—Felices, señor Toribio. ¡Cómo se conoce la veteranía! Es usted el primero que llega, siempre tan puntual.

TORIBIO.—La obligación es lo primero, hijo mío, y la casa que nos proporciona el medio de ganar el pan nuestro de cada día tiene derecho a que se la atienda.

RAFAEL.—Cierto; sí, señor; así debe ser. Si todo el personal fuese como usted, daría gusto ser encargado. No quiere esto decir que el de aquí sea malo, no, señor; pero tienen ciertos resabios y rutinas que es preciso corregir y se corregirán.

TORIBIO.—De acuerdo, muchacho, de acuerdo. No es malo el personal, es cierto; pero estaba esto bastante abandonado, y hacía falta un encargado como tú, que conoces el oficio y tienes condiciones para el cargo. Porque es lo que yo me decía más de una vez: ¿no es una pena que un restaurante tan antiguo, y que fué de los que más trabajaban en Madrid, estuviese poco menos que olvidado de la clientela? Claro que el amo se ocupaba poco de él y se fiaba de encargados poco recomendables. ¡Si el señor Manolo levantase la cabeza, con el cariño que a esta casa tenía!

RAFAEL.—Esas son consecuencias de dejar una fortuna a los hijos. Si al morir su padre no hubiese hallado don Ricardo más bienes que el establecimiento, ya se hubiese cuidado de él, porque listo y condiciones tiene; pero, como heredó muchos miles de duros, relegó a segundo término el negocio de que salieron; ya sabe usted cómo iba esto: camino del traspaso o del cierre.

TORIBIO.—Así es. Para mí, que tantos años llevo aquí, ha sido una gran alegría el que te hayas encargado de su gerencia. Mucho tienes que trabajar; pero el éxito de tu gestión es seguro. Ni tú necesitas que te adulen, ni yo sé hacerlo; pero eres trabajador, inteligente, conoces el teje-maneje de estas cosas, y todos saldremos ganando. Poco tiempo llevas al frente de ella con amplias facultades, y el resultado ya lo estamos notando: esto se anima de día en día.

RAFAEL.—Se hará lo que se pueda, señor Toribio...

TORIBIO.—Pues ya sabes el refrán: "Más hace el que quiere que no el que puede." Vaya, con tu permiso voy a ponerme el traje de brega. *(Vase por la izquierda.)*

RAFAEL.—Sí, señor; vaya usted. *(De la calle llegan los CAMAREROS 1.º y 2.º; se acercan al mostrador y saludan brazo en alto. RAFAEL contesta en la misma forma.)*

CAMARERO 1.º—Buenos días, señor Rafael.

CAMARERO 2.º—Buenos días.

RAFAEL.—Buenos días...

CAMARERO 1.º—¿Somos los primeros?

RAFAEL.—No; hace un poco llegó el señor Toribio.

CAMARERO 2.º—¡Ah, el abuelo! ¡Qué ley tiene a la casa el abuelete! Yo le tengo un cariño y un respeto como si fuese jefe mío.

CAMARERO 1.º—Tú y todos...

RAFAEL.—Eso me agrada: que le aprecien y respeten como camarada y maestro, porque lo es. Le conocí siendo yo un niño, y siempre ha sido un hombre modelo. Es un buen consejero. Pocas casas ha corrido, y en todas se le ha apreciado como se merece. Tendrá sus faltas, ¡ninguno estamos libres de ellas!, pero es un amigo leal y sincero.

CAMARERO 1.º—Así es; sí, señor. Oiga usted, señor Rafael. Anoche oí por la radio el anuncio de la casa. ¡Qué bien lo ha puesto usted! Esto se animará, que bien lo necesitaba...

RAFAEL.—Sí, conviene refrescar un poco la memoria del público; porque la casa, aunque conocida, estaba algo olvidada. Anuncios constantes y esmero en servir son cosas que, desde luego, dan resultado. *(Entran los CAMAREROS 3.º y 4.º; saludan como los anteriores, y RAFAEL les contesta.)* Bien; pues, una vez que están

todos, pasen a prepararse, y antes de ocupar sus puestos vengan para hacerles unas advertencias.

CAMARERO 1.º—Pues, con su permiso. *(Entran todos, puerta izquierda.)*

RAFAEL.—Por suerte, el personal no es malo y de él se puede sacar partido. Por abandono, más bien que por maldad, trabajaba con cierta equivocada independencia; pero ya va entrando en caja, pues mi sistema no falla. Al obrero hay que exigirle rendimiento, pero también hay que tratarle bien y estimularle en su trabajo; esto redunda en beneficio del trabajador y de la casa... Parece que el anuncio ha hecho efecto. *(Coge un periódico y lee.)* "Se come bien y barato. ¿Dónde? En el restaurante Los Tres Cisnes. Tres Peces, 3. Servicios esmerados, por cubiertos y a la carta. Espléndido salón comedor. Comedores especiales para familias y fiestas íntimas. Jefe de cocina con muchos años de práctica en hoteles de primer orden. Prohibidas las propinas. Reservado en absoluto el derecho de admisión. Tres Peces, 3. Los Tres Cisnes. No lo olviden." Creo no falta detalle, pero la semana próxima lo daremos con el texto cambiado. Nada hay tan eficaz como una buena y constante propaganda. Aquello de "el buen paño en el arca se vende" pasó a la historia; hoy precisa todo establecimiento propaganda constante; pero cuidando también de que el cliente salga complacido, pues, de lo contrario, todo reclamo es inútil. *(Salen el SEÑOR TORIBIO y los CAMAREROS 1.º, 2.º, 3.º y 4.º dispuestos para trabajar.)*

TORIBIO.—Señor encargado, aquí nos tiene a sus órdenes.

RAFAEL.—Perfectamente. No es sino para recomendarles una vez más lo que les tengo advertido. Procuren servir a los clientes con la mayor actividad, estar atentos a sus indicaciones y atenderles en cuanto

deseen, siempre que no sean caprichos que redunden en perjuicio de la casa. Discusiones, en modo alguno; "el público siempre tiene razón", y cuando en alguna mesa tengan exigencias por las que no se deba transigir, acudan aquí, y yo veré de solucionarlo; pero ante todo. corrección y amabilidad, que esto dice mucho en favor del camarero. La prosperidad de la casa conviene a todos los que de ella vivimos. El señor Toribio, que es el más antiguo, les podrá orientar, y en último caso aquí me tienen ustedes a su disposición. Ayer vi a uno de ustedes—no es preciso decir quién—que al descorchar una botella de vino de marca rasgó el estaño de la boca; esto no se debe hacer; se corta en redondo únicamente la parte que cubre el corcho, y se deja en el cuello la vitola de la botella. También al servir el vino o los licores se debe vencer la botella por el lado contrario de la etiqueta, para que ésta no se manche con la gota de líquido que pueda escurrir. Son pequeños detalles que parecen de escasa importancia, pero en los que el público distinguido se fija, y forma buen concepto del servidor. En estas casas siempre entran prójimos molestos, esto es inevitable, pero yo cuidaré sean los menos, pues se observará rigurosamente el derecho de admisión. ¿Comprendido?

TORIBIO.—Sí, señor.

CAMARERO 1.º—*(Al que está a su lado.)* ¡Vaya puntos que calza el nuevo encargado!

CAMARERO 2.º—Sabe, sabe lo que se trae entre manos...

RAFAEL.—*(Mirando el reloj.)* Pues cada uno a su puesto, que es la hora y comenzará a entrar público. *(Los CAMAREROS se retiran. RAFAEL queda detrás del mostrador haciendo anotaciones en los libros. Después se vuelve y arregla las botellas. Durante todas las escenas, y sin perjuicio del diálogo, dará muestra*

de tener mucho que atender; saldrá con frecuencia de su sitio, mirará desde las varias puertas, sin salir de la escena; contestará a las consultas que por lo bajo le hagan los camareros que salgan del comedor con ese objeto. Todo esto lo dispondrá lo mejor posible el director de escena. DON ANTONIO, conocido como cliente de la casa, entra despacio, y habla reposadamente.)

ANTONIO.—Buenos días.

RAFAEL.—Buenos nos los dé Dios. ¿Cómo está usted?

ANTONIO.—Vaya, vamos tirando. Hombre, acabo de leer en la puerta el menú para hoy, y de veras que me agrada.

RAFAEL.—Lo celebro tanto.

ANTONIO.—Sí, hombre, sí, le felicito, porque he notado que esta casa va mejorando mucho. Yo soy cliente antiguo, ya me conocen bien en la casa, y vengo aquí con preferencia a otros restaurantes; pero algunas temporadas he faltado porque dejaba mucho que desear el servicio y la clientela.

RAFAEL.—Sí, señor, estaba un poco abandonado.

ANTONIO.—Un poco bastante; pero ahora vengo notando otro orden, la cocina más selecta y mejor público. Yo soy muy claro, ¿sabe usted?, y lo mismo que doy una queja no niego el elogio merecido.

RAFAEL.—Muchas gracias. Se cuidará todo lo posible la variedad y buen condimento en las comidas, y en cuanto al público, tendremos sumo cuidado, pues para eso se dice que nos reservamos el derecho de admisión.

ANTONIO.—Muy bien hecho. No es que yo pretenda sean duques los que se sienten a mi lado, pero que haya educación no es mucho pedir, digo yo.

RAFAEL.—Cierto, sí, señor; es lo menos que se puede desear.

ANTONIO.—Vaya, pues hasta luego. *(Entra en el comedor.)*

RAFAEL.—Hasta luego...

(Durante esta escena cuidará el director que entren varias personas, solas o acompañadas, de uno y otro sexo. Saludan con una inclinación de cabeza al encargado; éste corresponde en la misma forma. Otros entran como si fuese la primera vez que concurren al establecimiento; ven el rótulo de "Comedores" y entran seguidamente. DON SERAFIN, un señor alto y muy delgado, viene con DOÑA MONTSERRAT, catalana ella, bajita y rechoncha; el matrimonio hace un contraste muy apreciado, pues en tanto él habla con voz atiplada y muy débil, ella es brusca y tiene voz de bajo profundo.)

MONTSERRAT.—*(A su marido, que viene detrás.)* Anda, Sera, no te quedes en la porta.

SERAFIN.—Ya voy, mujer. *(A Rafael.)* Buenos días. Este es el restaurante de Los Tres Cisnes, el que anuncian donde se come bien y barato, ¿verdad?

RAFAEL.—Sí, señores, aquí es.

MONTSERRAT.—Malegro molt, a ver si podemos comer, porque la casa en que estamos es una indesensia la cosina.

SERAFIN.—Mujer, no tanto. *(A RAFAEL.)* Sabe usted, es que para cuatro o cinco días que vamos a estar en Madrid, no hemos querido ir a un hotel de lujo, y estamos hospedados en casa de la prima de un carabinero de Palafrugell, que nos la recomendó como muy buena.

MONTSERRAT.—Una indesensia, créame vosté, una indesensia; allí no hay formalitat ni res.

RAFAEL.—Si se trata de una casa modesta...

MONTSERRAT.—Miri, miri, modestes las hay an Barselona, y se está molto be.

RAFAEL.—Bien, pues pasen ustedes a almorzar y espero han de salir satisfechos.

MONTSERRAT.—*(A su marido.)* Vamos, Sera. *(Entra en el comedor seguida de su esposo.)*

(DIRECTIVOS 1.º, 2.º y 3.º. Estos individuos son de tipo un poco achulado en el vestir y el hablar. El 1.º se expresa en tono algo enfático y como poseído de sí mismo.)

DIRECTIVO 1.º—*(Desde la puerta, a sus compañeros.)* Adentro, y a ver qué pasa.

DIRECTIVO 2.º—Entremos.

DIRECTIVO 3.º—Adentro.

DIRECTIVO 1.º—*(Dirigiéndose al mostrador, se echa mano a la gorra, sin llegar a quitársela.)* Buenas e inmejorables.

DIRECTIVO 2.º—Buenas y saludables.

DIRECTIVO 3.º—Buenas y salutíferas.

RAFAEL.—*(Aparte.)* Vaya tipos. *(Alto.)* Buenas las tengan ustedes. ¿En qué puedo servirles?

DIRECTIVO 1.º—*(Al 2.º)* Oye, Tanis, ¿hablo yo, o tú?

DIRECTIVO 2.º—Es igual, habla tú, que eres el Presidente.

DIRECTIVO 1.º—Corriente. *(A RAFAEL.)* El dueño o el encargado de este establecimiento, ¿está visible?

RAFAEL.—El dueño, no, señor; pero el encargado es un servidor de ustedes.

DIRECTIVO 1.º—Tanto nos da para el caso.

DIRECTIVO 2.º—Es igual.

DIRECTIVO 3.º—Nos es indiferente.

DIRECTIVO 1.º—Como usted no tiene el honor de conocernos...

RAFAEL.—Efectivamente, no tengo ese honor. *(Con intención.)*

DIRECTIVO 1.º—Bien, pues estos tres, que su mano estrechan *(Inclinación de cabeza de los DIRECTIVOS 2.º y 3.º)*, son los fundadores, dirigentes y únicos mantenedores de la C. L. E.

RAFAEL.—La C. L. E., y eso ¿qué es?

DIRECTIVO 1.º—Pues la C. L. E. significa... *(A sus compañeros.)* Decidlo vosotros.

DIRECTIVO 2.º—La C. L. E. encubre, o, por mejor decir, abrevia el nombre de una asociación filantrópico-manducatoria.

DIRECTIVO 3.º—La Cuchipanda Libre y Espontánea.

DIRECTIVO 1.º—Y tiene por cometido...

DIRECTIVO 2.º—Se constituyó con el fin...

DIRECTIVO 3.º—Sus fines son...

RAFAEL.—Un momento, señores. Voy a rogarles, en primer lugar, que hable uno sólo, y a éste que abrevie todo lo posible, por aquello del tiempo es oro.

DIRECTIVO 1.º—¿Se toma en consideración el ruego?

DIRECTIVOS 2.º y 3.º—Por unanimidad.

DIRECTIVO 1.º—Pues pasemos a la orden del día. Nuestra asociación benéfico-reconfortante dedica sus actividades a dar de comer al hambriento, de beber al sediento...

RAFAEL.—*(Un poco impaciente.)* Sí, y vestir al desnudo.

DIRECTIVO 1.º—No, amigo, eso para los sastres... Nuestra asociación tiene organizado un banquete para celebrar las bodas de oro con el comercio de chatarra, hierro viejo y similares del señor Manolo Ruiz, alias *el Compare*, decano de los industriales del ramo. Contamos seguros con doscientos comensales.

DIRECTIVO 2.º—Y pico...

DIRECTIVO 3.º—El pico, de cigüeña, no de gorrión.

DIRECTIVO 1.º—Quieren decir aquí, los asociados, que pasará de los doscientos el número de los concurrentes.

RAFAEL.—*(Impaciente.)* Sí, sí, entendido, adelante.

DIRECTIVO 1.º—Pues haga usted sus operaciones algebraicas, y sobre la base de tres duros, quince pesetas o sesenta reales, díganos qué menú nos puede facilitar, a condición de abundancia, porque lo que abunda, etcétera, etcétera...

RAFAEL.—No es ésta la hora más propicia, pues estamos sirviendo a la clientela; pero, en fin, ya que están ustedes aquí, veamos. *(Coge un papel y lapicero.)* Primer plato, ¿les parece paella a la valenciana?

DIRECTIVO 1.º—No está mal. *(A sus socios.)* ¿Sus parece?

DIRECTIVOS 2.º y 3.º—Bien, bien...

RAFAEL.—Plato de pescado, que puede ser merluza.

DIRECTIVO 1.º—En casos como el presente, la merluza abunda; así que ponga en su lugar lenguaos.

RAFAEL.—¿Lenguados? No va a ser posible.

DIRECTIVO 1.º—Sí, hombre, sí; pone usté *gayos,* les cortan la cabeza, y lenguaos a to meter.

DIRECTIVO 2.º—Una leve objeción. ¿No sería mejor calamares con abundante tinta?...

DIRECTIVO 3.º—Eso, para los intelectuales; a nosotros no...

RAFAEL.—Carne. Se puede poner chuletas "a lo Chateaubriand".

DIRECTIVO 1.º—¿A lo chate... qué?

RAFAEL.—Chateaubriand.

DIRECTIVO 1.º—¿Quién es ese socio, el cocinero?

RAFAEL.—No, un gran escritor francés.

DIRECTIVO 1.º—Ni a la ventana te asomes; franchutes, pal gato.

RAFAEL.—¿Asado de cordero?

DIRECTIVO 1.º—Ni una palabra más. Cordero asado.

RAFAEL.—Bien. Lo demás, lo corriente: pan, vino de la tierra y postre, fruta del tiempo. Quedarán satisfechos.

DIRECTIVO 1.º—Eso depende de la casa. Ahora, unos pequeños detalles. Nuestros cubiertos, los de la Prensa y fotógrafos, completamente liberados.

RAFAEL.—*(Queda un poco en suspenso.)* El caso es que está muy alambicado el presupuesto; pero, en fin, conformes.

DIRECTIVO 1.º—Y ahora lo más práctico del asunto. ¿Qué margen queda a beneficio de nuestra asociación?

RAFAEL.—*(Extrañado.)* ¿Margen?...

DIRECTIVO 1.º—¡Anda, morena! Pues si es lo principal del negocio. ¿No le indiqué en un principio que se trata de una sociedad filantrópica? Pues los que tenemos que salir benéfico-reconfortados somos los socios aquí de cuerpo presente.

DIRECTIVO 2.º—Más claro: que si doña luz no interviene no hay nada de lo dicho

DIRECTIVO 3.º—Para qué andar con indirectas; que tienen que quedarnos libres y a nuestro beneficio tres *plumas* por comensal. *(Al 1.º y 2.º)* ¿He dicho algo?

DIRECTIVOS 1.º y 2.º—¡La chipén!

RAFAEL.—*(En tono muy afable.)* Sí, señores, sí, y además, un cochecito para cada invitado...

DIRECTIVO 1.º—*(Admirado.)* Pero ¿es que se nos raja el industrial?

RAFAEL.—No; cuando saldría rajado y estrujado sería cuando aceptase sus condiciones. Pero ¿se han creído ustedes que robamos los géneros?

DIRECTIVO 1.º—*(Al 2.º y 3.º)* ¿No sus decía yo que aquí no había tongo? ¡Maldito sea el veneno! ¿Y para esto he gastado yo saliva? *(A RAFAEL.)* Oiga usted, señor Lhardy, ¿se ha creído usted que traer doscientos socios a una casa es como freír un huevo? A mí me sobran sitios donde llevar a la gente. En el ventorro del Chaleco están deseando que vaya...

RAFAEL.—¿Sí? Pues nada, para luego es tarde; al Chaleco, al Chaleco con su frescura.

DIRECTIVO 1.º—¿Frescos nosotros?... ¡Maldito sea el veneno!

DIRECTIVO 2.º—Ni palabra más. Ha llegado la hora del ahuequen.

DIRECTIVO 1.º—Pues a la de tres. *(Salen rápidamente.)*

RAFAEL.—*(Los contempla desde la puerta; luego vuelve a su puesto.)* ¡Vaya pintas, mi respetable abuela! *(Llegan PONCIANO, ETELVINA y doña EUGENIA. El primero es un tipo como de dependiente de sedería endomingado; la segunda, una señorita bien, y doña EUGENIA, una señora ordinaria y áspera como un membrillo.)*

PONCIANO.—*(Desde la puerta.)* ¿Hay permiso?

RAFAEL.—Adelante, señores, pasen ustedes.

PONCIANO.—Muchas gracias. ¿El comedor?...

RAFAEL.—Por ahí, enfrente...

PONCIANO.*(A la joven.)* ¿Qué te parece, bien mío?

ETELVINA.—Ideal, Poncito, ideal; como elegido por ti, que tienes un gusto exquisito.

PONCIANO.—*(A RAFAEL.)* Con su permiso, voy a dar un vistazo al comedor.

RAFAEL.—Es usted muy dueño...

PONCIANO.—Muchas gracias. *(A las señoras.)* Un momento. Esperen aquí. *(Entra en el comedor.)*

ETELVINA.—¿Te gusta el aspecto de este restaurante, mamita?

EUGENIA.—¡Hum!... ¿Qué *nesecidad* tenía tu novio de traernos tan *largo?* Yo estoy *molía.* Esto está bien, pero, a lo mejor, mucha *aparencia,* to muy caro, y luego na. ¡Cuánto mejor *hubié* sido ir a casa de Antonio *el Tripero,* el de la calle de la Arganzuela, que tié unos chorizos *riquismos,* de puro lomo!

ETELVINA.—No digas, mamá. ¿Habíamos de celebrar el onomástico de mi Poncito en una taberna?

EUGENIA.—Pero de las más decentes. Allí dicen que va gente de la aristocracia y del Cuerpo Diplomático. No tiene de malo más que la entrá; pero luego, dentro, dicen que hay un comedor mu bien puesto, y hasta mudan los manteles de las mesas tos los sábados.

PONCIANO.—Ya está visto. Esperen un momentito, que voy a dar un encargo al del mostrador. *(A RAFAEL.)* ¿Quiere hacerme el favor de atender unos minutos?...

RAFAEL.—Estoy a sus órdenes.

PONCIANO.—Muchas gracias. Pues, mire, es el caso que hoy es mi santo, ¿sabe usted?

RAFAEL.—No sabía, pero felicidades, joven...

PONCIANO.—Gracias, muchas gracias. Pues bien; quiero obsequiar a mi futura esposa, que es esa joven, y a mi *futura imperfecta,* que es su mamá.

RAFAEL.—Por muchos años...

PONCIANO.—¡Ay, los menos posibles! He mirado en el comedor a ver si había alguna mesa separada en algún rinconcito, y resulta que no hay ningún sitio aparente; todo está ocupado y tendríamos que colocarnos en una de las del centro, que es lo que quisiera evitar; por nosotros, no, porque sabemos alternar con la buena sociedad, y mi Etelita...

RAFAEL.—Etelita es su novia, ¿verdad?

PONCIANO.—Exacto, sí, señor. Se llama Etelvina, pero la llamamos Etelita porque es más poético y espiritual. Yo me llamo Ponciano, pero ella me llama Ponci, únicamente.

RAFAEL.—Comprendido. le suprime lo demás...

PONCIANO.—Eso es. Pues, como le decía, mi Etelita puede ir hasta el Ritz si se tercia; pero cuando nos acompaña su mamá tengo que tomar mis precauciones. Para ella no existen las conveniencias sociales, cree que en todas partes está en su casa y no hay medio de convencerla de que hace falta un poquito de urbanidad.

RAFAEL.—Entendido, entendido; que suele cometer alguna inconveniencia.

PONCIANO.—¿Alguna? Muchas, sí, señor, muchas. Mire usted: el jueves hará un mes celebramos el cumpleaños de mi Etelita, las convidé a comer, y me hizo pasar un rato fatal. Se comió los langostinos sin mondarlos, diciendo a voces que todo había que pagarlo. Luego, al poner sifón en el vino, apretó de tal modo que saltó el líquido y nos puso perdidos. estropeando a la niña un vestido tórtola pálido que estrenaba aquel día, y no sólo fué a nosotros, sino que saltó el vino a un matrimonio de Cuenca que estaba en la mesa de al lado, y la señora se desató en improperios, que excuso contar a usted.

RAFAEL.—Por esto no hay conflicto. Tenemos unos comedores íntimos, reservados para familias, y allí pueden ustedes estar a su gusto

PONCIANO.—¿Sí? Pues eso, eso es lo que yo deseaba. ¡Oh, cuánto se lo agradezco!...

RAFAEL.—*(Hace sonar un timbre que tiene sobre el mostrador, y sale un CAMARERO.)* Oiga, Ramírez, acompañe a estos señores al número 3, y atiéndalos bien.

CAMARERO.—Cuando gusten los señores. *(Pasan al comedor.)* Por aquí, a la izquierda.

(Dos OFICIALES del Ejército. Saludan en la forma militar. RAFAEL corresponde brazo en alto.)

RAFAEL.—A la orden de ustedes.

OFICIAL 1.º—Muchas gracias. ¿Se puede pasar al comedor?

RAFAEL.—Cuando los señores gusten.

OFICIAL 2.º—El lavabo, ¿tiene la bondad?

RAFAEL.—Entrando, a la derecha. *(Los OFICIALES entran, descubriéndose en la puerta. Sale el CAMARERO que acompañó a PONCIANO.)*

CAMARERO.—Ya han quedado instalados en el número 3.

RAFAEL.—Pero ¿no los atiende?

CAMARERO.—Está el señor Toribio tomando el recado; ese comedor es hoy de su turno.

RAFAEL.—Bien, bien... *(El CAMARERO pasea un poco por el despacho; después se asoma a la puerta y vuelve instantáneamente.)*

CAMARERO.—¡Mi madre!... Señor Rafael, prepárese usted...

RAFAEL.—¿Qué ocurre?

CAMARERO.—Nada, casi nada. Hace la mar de tiempo que venía por aquí un golfante que dice fué camarero en su tiempo, y que trabajó con el señor Manolo, el padre del amo. Eso debía ser un cuento tártaro, porque este gachó es de los que no han trabajado nunca; vamos, que no ha dado golpe en su vida.

RAFAEL.—¿Y qué?

CAMARERO.—Pues que el amo, para quitársele de encima, nos tenía dicho que los sábados, cuando viniese, le diésemos dos reales.

RAFAEL.—Pero hoy no es sábado.

CAMARERO.—Es miércoles; pero resulta que hace

una temporada no le habíamos visto el pelo, y ayer precisamente hablamos de él el señor Toribio y yo; suponíamos se habría muerto; pero por lo visto ha resucitado, y ahí viene ya.

RAFAEL.—¿Y dice usted que ha sido camarero?

CAMARERO.—Eso dice él; pero ninguno de nosotros le conoce del trabajo, y mire usted que el agüelo Toribio conoce todo el gremio. Ese nació mangante, y así vive y bebe, porque no le he visto *fresco nunca.*

RAFAEL.—Vamos, sí, es de los que tienen unas ganas locas de trabajar.

CAMARERO.—Eso, sí, señor; pero se las aguanta. *(Llega CELEDONIO a la puerta. Es el tipo del eterno perdulario, sucio, roto y desastrado. Le acompaña un* cacho de melopea *que no le hace caerse, pero sí dar algunos traspiés. Al entrar describe un semicírculo, en que recorre la mitad de la escena. Llega al mostrador y se apoya.)*

CELEDONIO.—¡Hola!... *(Mira al CAMARERO, que presencia la escena desde un lado; luego se fija en RAFAEL.)* ¿Tú eres nuevo aquí, no?

CAMARERO.—Sí, es el nuevo encargado.

CELEDONIO.—Tanto gusto. *(Alarga la mano. RAFAEL se hace el desentendido.)* ¿Cómo estás, muchacho?

RAFAEL.—*(Serio.)* Bien, ¿y usted?...

CELEDONIO.—Yo, cómo quieres que esté; ya lo ves, cayéndome de debilidad. He estado dos meses en el hospital. Antesdeayer salí, y desde entonces no ha entrao nada sólido en la andorga. Anoche dormí en un banco del Botánico, y ahora voy al Auxilio Social a ver si me dan algo. ¿No tendrás algún pantalón o alguna chaqueta que no te sirva?

RAFAEL.—No, señor, no tengo; ahora se aprovecha mucho la ropa.

CELEDONIO.—Ya ves tú a lo que llega uno. Cuando trabajaba...

RAFAEL.—*(Interrumpiéndole.)* ¡Ah! Pero ¿usted ha trabajado?

CELEDONIO.—*(Rápido.)* ¿Yo? Más bien que todos vosotros. Pregúntale, pregúntale al señorito Ricardo, a tu amo...

RAFAEL.—Mejor será no preguntarle, porque quizá no se acuerde. Bueno, tome y vaya con Dios. *(Le da unas monedas.)*

CELEDONIO.—*(Con la mano abierta, mirando las monedas que le ha dado RAFAEL.)* Pero... ¿qué me das aquí?

RAFAEL.—¿Qué? Pues dos reales. *(Al CAMARERO.)* ¿No es esto lo que el amo tiene dicho se le dé?

CAMARERO.—Sí, señor, dos reales, eso es...

CELEDONIO.—¡Si me debéis ocho semanas!...

RAFAEL.—*(Da muestras de extrañeza.)* ¿Ocho semanas?...

CELEDONIO.—¡Claro, hombre, claro! ¡Las ocho semanas de los dos meses que he estado en el hospital y no he venido! ¿Es que me-las queréis descontar de la pensión? ¡Vaya socios de abrigo que estáis hechos!...

RAFAEL.—Pero, hombre...

CELEDONIO.—¡Ni hombre ni na! ¡Pues estaría bueno! Anda, anda, sacúdete y apoquina las cuatro plumas, que es la suma del debe... *(RAFAEL revienta de risa, y hace esfuerzos por aparecer serio; al CAMARERO le ocurre lo propio; se tapa la cara con las manos y no sabe dónde meterse para no soltar el trapo.)*

RAFAEL.—El caso es que...

CELEDONIO.—*(Interrumpiéndole.)* Mira, chavea, monsergas a mí, no; los trucos para el cine, ¿sabes? ¿No os da vergüenza regatearme todavía la miseria de pensión vitalicia que el amo me tié señalá? ¿No hago ya

bastante con perdonaros los intereses devengaos por los dos meses de retención de capital? ¡Claro, así engordáis vosotros!

RAFAEL.—¡Compadre, es usted un financiero, que ni Urquijo...!

CELEDONIO.—¡Pero si es que tenéis cada cosa que hacéis hablar a las piedras! Anda, alumbra las cuatro del ala y déjate de romances moriscos.

RAFAEL.—Bueno, bueno, tome *(Le da dos billetes de dos pesetas.)*, pero éstas van a ser a mi costa...

CELEDONIO.—¿A tu costa? ¡Quia, eso pa los negros; yo no he llegao en el corto de Guadalajara! ¿Me vais a decir a mí que estas cuatro *leandras* no las ponéis en la cuenta? ¡No sabéis con quién os gastáis los cuartos; la vista es la que trabaja, socios! *(Se señala un ojo.)* Y aquí hay quinqué de largo, que no se os olvide. Vosotros lo que queríais es achantaros las cuatro ranas y correr una juerguecita a mi costa, y eso no, pipiolos... ¡Vaya, de veranó *(Disponiéndose a salir.)*, y hasta el sábado próximo, que tendré el gusto de veros!...

RAFAEL.—Oiga, oiga, un momento. Vengan los dos reales de antes, que se lleva dinero de más...

CELEDONIO.—*(Haciéndose el distraído.)* Lo dicho, hasta el sábado si Dios quiere. ¡Dármela a mí con queso, hombre; para eso teníais que nacer tres veces!... *(Sale.)*

RAFAEL.—*(Soltando el trapo.)* ¡Qué tío, pero qué sombra tiene el gachó!

CAMARERO.—*(Riendo a todo meter.)* ¡Vaya socio castizo! Me estaba poniendo malo de aguantar la risa.

RAFAEL.—El caso es que se lleva dos reales de más.

CAMARERO.—¿Y el rato que nos ha hecho pasar? ¡Si ha estado mejor que Ramper! *(Entra en el comedor a todo reír. Sale del comedor un CAMARERO, seguido de un SEÑOR, que viene protestando.)*

CAMARERO.—Bien, señor, bien, aquí está el jefe, y él resolverá.

SEÑOR.—Naturalmente, y me dará la razón.

RAFAEL.—¿Qué es ello?

CAMARERO.—Que el señor ha pagado la cuenta, pero se niega a satisfacer el suplemento de una chuleta que se le ha servido.

SEÑOR.—*(A RAFAEL.)* Diga usted que la chuleta la cambié por el lenguado.

CAMARERO.—Es que el lenguado no se le ha cobrado.

SEÑOR.—Naturalmente, es que tampoco me lo he comido.

RAFAEL.—Conformes. Lo demás, ¿lo pagó?

SEÑOR.—Sí, ya lo pagué.

RAFAEL.—Pues asunto concluído. Que usted lo pase bien y que aproveche.

SEÑOR.—Muchas gracias. *(Sale con aires de triunfador.)*

CAMARERO.—Pero es que...

RAFAEL.—Sí, no diga usted más; ya me he dado cuenta en seguida; es un truco que se ha buscado, ya lo veo. Déjele que se vaya. Este lo cuenta a sus amigos y sirve de propaganda. Otros pagarán esa chuleta que le ha salido gratis, no se preocupe.

CAMARERO.—*(Retirándose.)* ¡Compadre, está usted en todo!...

(Sale del comedor otro CAMARERO, el que trae un plato en la mano.)

CAMARERO.—Señor Rafael, el de la mesa 23 no quiere esta merluza, porque dice que es de ayer. *(RAFAEL coge el plato y hace un gesto de desagrado.)*

RAFAEL.—¿De ayer?...

CAMARERO.—Eso dice, pero de ayer no es.

RAFAEL.—¿Es de hoy?

CAMARERO.—*(Un poco dudoso.)* No, no, señor; de hoy creo que tampoco es.

RAFAEL.—Bueno, pues sírvanle otra cosa, y diga de mi parte al jefe de cocina que no aproveche tanto, que también los gatos tienen derecho a la vida, ¿entiende?

CAMARERO.—Sí, señor, sí. *(Aparte.)* ¡Como que es de anteayer!

(Salen del comedor PONCIANO, ETELVINA y DOÑA EUGENIA; ésta, con aire de satisfacción y de haber comido por cuatro.)

RAFAEL.—¿Qué tal comieron los señores?

EUGENIA.—*Manificamente*, sí, señor, *manificamente*. To estaba en su punto y bien servío.

RAFAEL.—Vaya, lo celebro; la casa procura esmerarse, y el jefe de cocina tiene mucho cuidado.

EUGENIA.—Sí, lo puede usté decir muy fuerte: en esta casa se come bien y barato, ¿verdad, Ponci?

PONCIANO.—¡Ya lo creo; cuando yo las he traído aquí!...

EUGENIA.—Tos los platos estaban canela, pero sobre to las manos de cerdo adobás estaban de rechupete. ¡Misté cómo tengo las manos!

RAFAEL.—Caramba, pues pasen a los lavabos, que se puede manchar la ropa.

EUGENIA.—¿Pa qué?, ya me lavaré en casa. Aquí no hay estropajo...

RAFAEL.—¿La señorita ha quedado también satisfecha?

PONCIANO.—*(A ETELVINA, que está distraída.)* Te dice a ti, cielín...

ETELVINA.—¡Ah!, sí, señor. Un encanto de servicio; todo estupendísimo idealísimo...

PONCIANO.—Descuide, que recomendaré la casa a mis amistades...

RAFAEL.—Muchas gracias, y buen provecho...

PONCIANO.—Agradecidos, gracias, gracias. *(Salen. LUCAS, personaje de unos cincuenta años, medianamente trajeado, usa gorra; entra en escena dando traspiés; sin mirar al mostrador, se fija en el rótulo de "Comedores" y se dispone a entrar. RAFAEL abandona el mostrador y le llama la atención dándole un golpecito en la espalda.)*

RAFAEL.—¡Eh, maestro! ¿Dónde va?

LUCAS.—*(Volviéndose.)* ¿Me hace a mí la consulta?

RAFAEL.—Naturalmente. ¿A quién va a ser?

LUCAS.—Como poder ser, podía ser a cualisquier otro sujeto o sujeta; la Cibeles, pongo por ejemplo.

RAFAEL.—Pues es a usted, a usted mismo. *(Levantando la voz.)* ¿Me entiende?

LUCAS.—Corriente; pero recomiendo al amigo que no me grite ni se altere, porque los gritos dañan el tímpano u trompa de Ustaquio, y si usté se altera se pue hacer mala sangre.

RAFAEL.—Bueno, bueno, menos conversación. ¿Qué desea?

LUCAS.—*(Tambaleándose.)* ¡Viva tu agüela y tu tía la del pueblo! Tiés la sal por arrobas, gacholi. ¿No es ésta la casa de los patos, que dice la radio se come bien? Pues entonces sobra la pregunta, porque a la vista está a lo que vengo: a eso, a comer, pa lo que traigo preparás al pie de seis pesetas pa gastármelas...

RAFAEL.—Pues mire por dónde se las va usted a ahorrar; porque no hay comida.

LUCAS.—¿Que no hay comida? ¿Y por qué?

RAFAEL.—*(Impaciente.)* Porque... yo lo dispongo así, vaya...

LUCAS.—Eso ya es otra cosa. ¿Lo ves? En cuanto se emplean palabras finas y elegantes, ya está tó solu-

cionao, y queda uno más convencido que el gallo... ¡Pero cocido sí habrá!

RAFAEL.—No hay cocido.

LUCAS.—Pues habrá guisao; es lo mismo.

RAFAEL.—¿Sabe usted una cosa?

LUCAS.—¿Cuála?

RAFAEL.—Que en esta casa no se admite a las personas que vienen como usted, y que el hombre que no sabe beber se está en su casa y no molesta.

LUCAS.—¡Chist!... Que pa decir las cosas no hace falta ofender a los clientes que vienen a honrar el establecimiento. Yo sé beber, ¿te enteras? Yo sé beber, y comer, y distinguir, y tengo ropa negra... Y pa que lo veas, anda, enséñame el menú, u séase la carta, pa elegir. ¿Que no hay coci? Pues venga guisao; me es igual.

RAFAEL.—*(Aparte.)* Este *curdela* se ha propuesto darme el té. *(Alto.)* ¡Vaya, amigo, se acabó! O se marcha usted ahora mismo por las buenas, o sale por las malas; así que elija...

LUCAS.—Muy bien dicho; así se habla. ¿Ves tú? En cuanto a uno le habláis con educación y buenas formas, queda uno convencido, coge la puerta, se marcha y aquí paz y después gloria. ¿Es eso lo que querías? Pues, abur. *(Hace medio mutis y vuelve, apoyándose en el mostrador.)* Porque es lo que yo me digo: ¿qué saca uno con hacerse el pelma? Nada... ¿No hay coci? Pues un guisao. No hay guisao, pues otra cosa; lo que *haiga;* el caso es comer. Anda, tú, dame la carta.

RAFAEL.—*(Sale del mostrador y le coge de un brazo.)* Vaya, se acabaron las contemplaciones. ¡A la calle!

LUCAS.—*(Forcejeando por soltarse.)* Oye, tú, chavea, poco a poco; no arrempujes ni avasalles, que en cuanto sus dan un cargo sus volvís unos autócratas y no hay quien sus aguante. ¡Pues, hombre, ni que fueras el dios Netuzno!... Esto pasa porque no tenís pren-

cipios, ni diznidad, ni ná que se le parezca, ¿sabes? ¿Qué es lo que quieres? ¿Que me vaya? Pues dilo así, por lo claro, y no me andes con indirectas, que yo ni doy la tabarra a nadie ni me gusta ser pelma. ¿Que no queréis dar de comer? Pues me voy a otro lao, y pata; porque a mí ni me faltan prencipios ni diznidad, ni modales pa presentarme donde el primero, ¿sabes? Bueno; pues que coste... *(Sale como entró, haciendo eses y dando trompicones.) (DON ANTONIO, que viene del comedor.)*

RAFAEL.—Qué, ¿ya hemos comido, don Antonio?

ANTONIO.—Ya; ya hace un rato que terminé, pero he estado un poco de sobremesa fumando unos cigarrillos. Conviene reposar un poco; nada de apresuramientos, que para todo hay tiempo.

RAFAEL.—¿Qué tal? ¿Le han servido bien?

ANTONIO.—Muy bien; ya decía antes que va mejorando mucho esta casa. Hasta mañana. *(Sale.)*

RAFAEL.—¡Buen provechito! Vaya usted con Dios. *(NEMESIO, ATANASIA, SABINO: tres lugareños que constituyen una familia. Los dos primeros vienen cargados con sendas alforjas y paquetes; SABINO, el hijo, como de unos quince a dieciséis años, trae varios paquetes y, colgada del brazo izquierdo, la cabezada para un burro. Los paquetes, cuantos más, mejor, y las alforjas, repletas de cosas; todo esto, a gusto del director de escena.)*

NEMESIO.—*(Desde la puerta.)* ¿Hay permiso?...

RAFAEL.—Adelante.

NEMESIO.—*(A su mujer y a su hijo.)* Pasar... *(A RAFAEL.)* ¡A la paz de Dios!

RAFAEL.—Bien venidos sean ustedes.

NEMESIO.—Me paice que es aquí donde venemos. *(Busca en los bolsillos algo que no encuentra; luego saca de uno de la chaqueta una cartera muy abultada, sujeta*

con una cinta larguísima; la desata y, entre los muchos papeles, da con el que busca.) Sí, aquí está; éstas deben ser las señas. Toma, Sabino: tú que entiendes de letra y lees de corrido, a ver qué dice aquí.

SABINO.—*(Deletreando.)* "A co-mer bien y ba-ra-to..."

RAFAEL.—Sí, aquí es; no se moleste en seguir leyendo.

NEMESIO.—Entonces es aquí, ¿verdá usté?

RAFAEL.—Justo; sí, señor. Un poco tarde vienen ustedes; no obstante, se les servirá bien, pues esta casa es la predilecta de los madrileños, los forasteros y el público en general.

NEMESIO.—Cerilo no habrá venío entoavía, ¿verdá?...

RAFAEL.—¿Quién es Cirilo?

NEMESIO.—Pues Cerilo es el chico del veterinario de mi pueblo, que habemos venío juntos y estamos en la misma posá. Anoche, dimpués de cenar, oímos la radio, y cuando el *espliquer* dijo que aquí se comía bien y barato, fuí y le dije yo a Cerilo: "Oye, Cerilo, ¿quiés que vayamos mañana a comer donde dice ese señor?" Y él fué y me dijo: "Bueno; pues iremos ¿A qué hora?" "Pues ende la una a las dos." "Entonces, allí nos encontraremos." "Bueno, dije yo; y el que llegue antes, que espere." "Conformes." Entonces yo fuí y le dije a mi chico, digo: "Sabino, apunta en un papel las señas." Y por eso habemos venío.

RAFAEL.—Corriente; pues dejen por ahí todo eso, no estén ustedes cargados, y luego pasan al comedor, se sientan y esperan al compañero.

NEMESIO.—No, si es igual; aquí mesmo podemos esperar; ya no pué tardar, y esto no pesa ná.

RAFAEL.—No importa. ¿Qué necesidad tienen ustedes de estar cargados? Déjenlo ahí, sobre esa mesa. *(Se-*

ñalando una que habrá en la escena, arrimada a la pared.)

NEMESIO.—Bueno, descargaremos; pero no molesta, ¿sabe usté? *(Deja sobre la mesa sus alforjas y paquetes. A los otros.)* Dejarlo tó aquí...

ATANASIA.—*(Esta es sorda como una tapia.)* ¿Qué dices?...

NEMESIO.—*(Gritándola al oído.)* Que lo dejes aquí, porque Cerilo no ha venío toavía.

ATANASIA.—¡Ah! Bueno...

NEMESIO.—*(A RAFAEL.)* Es un poco tarda de oído, ¿sabe usté? Tó depende del tiempo: hay días que no oye un cañonazo.

RAFAEL.—Y hoy es uno de ésos...

NEMESIO.—Quia; no, señor; hoy está mucho mejor que ayer.

ATANASIA.—¿Qué le dices?

NEMESIO.—Que eres un poco tarda...

ATANASIA.—*(Malhumorada.)* Vaya, ya le estás enterando. ¡Tó el mundo tié que saberlo!...

NEMESIO.—No, mujer; si es pa que no le choque que te grito.

SABINO.—*(Leyendo el rótulo de la puerta del comedor.)* Co-me-do-res. Mire, mire, padre; también en Madrí ponen mal las cosas. Eso está mal puesto.

NEMESIO.—¿Cuálo?

SABINO.—Eso dice "comedores", y tenían que poner "comederos"; digo, me paice a mí...

NEMESIO.—Calla, pues es verdá. *(A RAFAEL.)* ¡Qué caeza, qué caeza tié el chico!...

RAFAEL.—No la tiene pequeña, no. *(Aparte.)* Un poco menos que las bolas del puente de Segovia. *(Alto.)* Y a propósito de cabeza: si les molestan los sombreros, pueden descubrirse.

NEMESIO.—¿Molestar? ¡Quia! No, señor; si hasta

dormimos con ellos puestos; es la costumbre, ¿sabe usté?

(El director de escena cuidará de que durante este parlamento vayan saliendo del comedor poco a poco todos los personajes que entraron, los que se despiden de RAFAEL con una inclinación de cabeza; éste corresponde de igual forma.)

RAFAEL.—Pero podían haber entrado y esperar sentados al amigo: estarían más cómodos.

NEMESIO.—Estamos bien; no le importe. De paso echamos una mirá a los bultos...

RAFAEL.—*(Sonriendo.)* Hombre, por eso no lo hagan: ahí no los toca nadie.

SABINO.—*(A su padre.)* No, padre, no; que éste lo que quiere es que nos vayamos, pa registrar las alforjas.

NEMESIO.—Mira, pué que tengas razón; no me s'había ocurrío.

ATANASIA.—*(A NEMESIO.)* ¿Qué te dice el hombre?...

NEMESIO.—Que pasemos ahí adrento...

ATANASIA.—Pues ¡hala!... *(Coge las alforjas, se las carga y comienza a cargar con paquetes.)*

NEMESIO.—Dice que dejemos tó aquí.

ATANASIA.—Sí, sí, pa que luego falte la metá e las cosas. ¡Con lo que icen pasa en este Madrí!... *(SABINO, al ver lo que hace su madre, comienza también a cargarse con paquetes, y lo primero la cabezada, que se cuelga del brazo izquierdo.)*

NEMESIO.—Pero, ¿sus vais a estar cargaos hasta que venga Cerilo? Dejarlo ahí, que yo estoy a la mira. *(ATANASIA y SABINO dejan otra vez todo ese montón sobre la mesa.)*

RAFAEL.—En tanto viene el paisano, ¿quieren hacer el menú, y así ahorraríamos tiempo?

NEMESIO.—Bueno; venga...

RAFAEL.—¿Van ustedes a tomar el cubierto, o prefieren a la carta?

NEMESIO.—¿Cuál es mejor?...

RAFAEL.—Mejor es todo; únicamente que a la carta pueden elegir los platos a su gusto.

SABINO.—A nosotros, lo mismo nos da que los platos sean de una clase que otra, y si son cazuelas, mejor; el asunto es comer, ¿verdá, padre?

NEMESIO.—Claro, hombre, claro; los platos es igual...

RAFAEL.—El cubierto se compone de entremeses, dos platos, pan, vino y postre.

NEMESIO.—Suprima usté esas tres cosas, porque no queremos de eso.

RAFAEL.—¿Van a comer sin ello?

NEMESIO.—No; si lo traemos ya. Cuando salimos de nuestra casa vamos siempre preveníos. El pan y el vino se hace en casa. Un pan que no lo come ni el rey del Perú. Verá usté... *(A su mujer.)* Tanasia, saca el pan pa que lo vea este señor.

ATANASIA.—¿Qué...?

NEMESIO.—Que saques el pan... *(ATANASIA comienza a sacar cosas de una alforja; sale todo, menos el pan; luego vuelve a meter lo que sacó, y hace la misma operación con la otra; todo con mucha pausa y como quien no quiere encontrarlo.)*

ATANASIA.—*(A SABINO.)* ¡Tié tu padre cá ocurrencia!... ¿A que le da un cacho y luego nos falta a nosotros? *(SABINO le hace señas para que no lo saque.)* No si no lo voy a encontrar diquia pasao mañana...

RAFAEL.—Diga a la señora que no se moleste...

NEMESIO.—Es que, a lo mejor, no lo encuentra, ¿sabe usté? Porque ésta es así... *(A su mujer.)* No lo busques ya...

ATANASIA.—¡Ah, bueno!...

NEMESIO.—Pues el vino, no digamos. ¿Qué vino dan ustés aquí?

RAFAEL.—Aquí lo tenemos de todas clases: de la tierra, de Valdepeñas, de marca...

NEMESIO.—¿Qué se apuesta usté a que denguno es como éste? *(Saca de sus alforjas una bota, le quita el brocal, dobla un poco el cuero sobre la boca y muestra el líquido a RAFAEL.)* A ver si lo de aquí tié este color. Pues, ¿y el sabor? ¡Esto es nestar! *(Sin invitar a RAFAEL se toma un trago, se limpia la boca con la mano, limpia también con la mano el brocal de la bota.)* ¡Esto sí que es vino!... Beba usté...

RAFAEL.—No, gracias; se lo agradezco.

NEMESIO.—*(Tapa la bota y la mete en la alforja, sin repetir el ofrecimiento.)* Pues usté se lo pierde... Y eso del postre se quea pa los señoritos; nosotros semos de otra clase y no gastamos eso.

SABINO.—Bueno, padre, ¿comemos, o no? Porque Cerilo no parece...

NEMESIO.—¿Tenís gana ya?...

SABINO.—*(A su madre.)* ¡Qué salías tié padre!...

ATANASIA.—¿Qué dice?

SABINO.—Que si tenemos gana. *(Gritando.)*

ATANASIA.—¡Tiés cá pregunta!...

NEMESIO.—Bueno; y tó eso, ¿cuánto cuesta?

RAFAEL.—¿Cubierto? Pues siete cincuenta.

NEMESIO.—No está mal; salimos a diez reales por caeza.

RAFAEL.—Pero, ¿es que van a pedir un cubierto para los tres?

NEMESIO.—No; uno pa cá uno.

RAFAEL.—Entonces son 22,50, más el 10 por 100 del servicio, suman 24,75.

NEMESIO.—*(Alarmado.)* ¿Noventa y nueve riales

por una comida nada más? Usté disimule, pero con ese dinero compro yo un burro tan grande como usté. *(A su mujer y a su hijo.)* ¡Hala, hala! Cogerlo tó, que nos vamos. *(Se carga las alforjas.)*

SABINO.—¿Sin comer?

NEMESIO.—Sin comer. ¿Sabes lo que cuesta aquí?

SABINO.—¿Cuánto?

NEMESIO.—*(Al oído de su mujer, gritando.)* ¡Que cuesta cinco duros!

ATANASIA y SABINO.—*(Asombrados.)* ¡¡Cinco duros!!... *(A toda prisa recogen y se cargan los bultos.)*

NEMESIO.—*(A RAFAEL.)* Bueno, amigo, otra vez será; porque nosotros semos probes, ¿sabe usté? Y esto se quea pa los capitalistas. ¡Hasta más ver!... *(Al ir a salir aparece CIRILO, también cargado con varios paquetes.)*

CIRILO.—Me he retrasao un poquillo, pero ya estoy aquí. Qué, ¿vamos a comer?

NEMESIO.—Sí, pero al prao. ¿Sabes lo que cuesta aquí? ¡¡Cinco duros!!...

CIRILO.—¿Cinco duros?... ¡Mi madre!... Pero ¿dónde sus habéis metío? ¿En Sierra Morena?... ¡Hala, hala, que pa luego es tarde! *(Se marchan.)*

TORIBIO.—*(Que desde la puerta de servicio ha visto lo último de la escena.)* Rafaeliyo, ¡vaya parroquianos!... *(Ríe.)*

RAFAEL.—¡Caramba con los lugareños! ¡Cualquiera se la da! ¡Son más listos de lo que parecen!

TORIBIO.—¡Que si son listos! Un rato largo. ¿Quieres pasar un momento al comedor?

RAFAEL.—¿Qué ocurre?

TORIBIO.—Nada; es que el personal está contentísimo por lo mucho que se ha trabajado, y quiere felicitarte por tus iniciativas.

RAFAEL.—Bueno; diles que no lo merece, que no vale la pena.

TORIBIO.—No les hagas ese desaire, hombre, que lo queremos todos.

RAFAEL.—Bueno; pues ahora paso, porque antes tengo que cumplir con estos señores. *(Al público.)* Si ustedes quieren comer bien y barato, ya saben dónde pueden hacerlo: en Los Tres Cisnes. Tres Peces, 3. El que viene una vez, repite...

TELON

TEATRO MORAL

COLECCIÓN DE OBRAS ESCÉNICAS PROPIAS PARA COLEGIOS, CENTROS Y SOCIEDADES RECREATIVAS

OBRAS PUBLICADAS

I. FABIOLA, o Los mártires de Roma. Drama en cuatro actos y en prosa. Personajes: 26 (8 mujeres y 18 hombres).

II. EL SARGENTO BOMBA. Juguete cómico de asuntos militares, en un acto y en prosa. Personajes: 11 (todos hombres).

III. DOS HORAS DE ARRESTO. Juguete cómico de asuntos militares, en un acto y en prosa. Personajes: 4 (todos hombres).

IV. ¿QUIEN ES MI SOBRINO? Juguete cómico en un acto y en prosa. Personajes: 9 (todos hombres).

V. EL MEDICO A PALOS. Comedia de gracioso en tres actos y en prosa. Personajes: 8 (todos hombres).

VI. SE COME BIEN Y BARATO. Sainete en un acto y en prosa. Personajes: 24 (4 mujeres y 20 hombres).

VII. HACE FALTA UN DELINCUENTE. Sainete en un acto y en prosa. Personajes: 15 (4 mujeres y 11 hombres).

VIII. LA CONTRATA DEL ANGULA. Juguete cómico en un acto y en prosa. Personajes: 19 (4 mujeres y 15 hombres).

IX. RINQUITRUN. Juguete cómico en un acto y en prosa. Personajes: 12 (2 mujeres y 10 hombres).

X. UN ANUNCIO SINGULAR, o Matías el del bar. Sainete en un acto y en prosa. Personajes: 12 (todos hombres).

XI. EL TIO SENTENCIAS. Pasatiempo baturro en un acto y dos cuadros, en prosa y verso. Personajes: 6 (una mujer y 5 hombres).

XII. ¡CALLATE, HOMOBONO! Juguete cómico en un acto y en prosa. Personajes: 5 (una mujer y 4 hombres).

XIII.—¡PADRE, YO QUIO RETRATAME! Juguete cómico en un acto y dos cuadros, en prosa y verso. Personajes: 11 (2 mujeres y 9 hombres).

XIV. SE VENDE UN BURRO. Pasillo cómico baturro en un acto y en prosa. Personajes: 12 (todos hombres).

XV. LA GITANA AZUCENA. Comedia en un acto y en prosa. Personajes: 6 (todas mujeres).

XVI. UNA CRIADA... DE ABRIGO. Juguete cómico en un acto y en prosa. Personajes: 8 (3 mujeres y 5 hombres).

XVII. LA ESPADA DEL TEMPLARIO. Leyenda dramática en un acto, dos cuadros y en verso. Personajes: 8 (todos hombres).

XVIII. ESTUDIANTES QUE ESTUDIAIS. Juguete cómico en un acto y en prosa. Personajes: 7 (todos hombres).

XIX. UNA SUERTE CON DESGRACIA. Pasatiempo escénico en un acto y en prosa. Personajes: 11 (todos hombres).

Notas.—Las obras en que intervienen bastantes personajes están dispuestas en tal forma que un solo actor puede interpretar varios papeles. Para hacer los pedidos basta indicar el número de orden, sin especificar los títulos.

TEATRO CRISTIANO

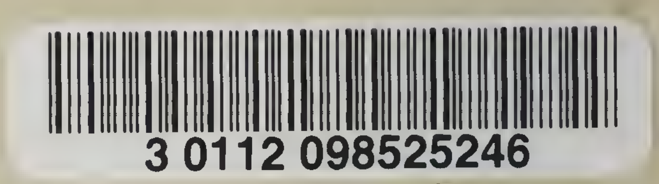
NUEVA GALERÍA DE OBRAS DRAMÁTICAS ORIGINALES

OBRAS PUBLICADAS

UN REINO MAS. Drama en tres actos y en prosa. Personajes: 16 (14 hombres y 2 mujeres).

EN BABILONIA. Drama en tres actos y en prosa. Personajes: 6 (todas mujeres).

SANTA RITA, LA FLOR DE CASIA. Drama en tres actos y en prosa. Personajes: 20 (10 hombres y 10 mujeres).





Precio: 2 PESETAS